



Hecatombe



WILLIAM GERHARDIE

*Traducción del inglés a cargo de
Martín Schifino*



IMPEDIMENTA



Título original: *Doom*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2016

Copyright © 1927 by William Gerhardie

Copyright de la traducción © Martín Schifino, 2016

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez y Raquel López García

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-31-4

Depósito Legal: M-28165-2016

IBIC: FC

Impresión y encuadernación: Kadmos

Impresión de la sobrecubierta: Artes Gráficas Frampa

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

—No, no, «Yo-también», será mejor que te marches ahora o que te quedes a esperar en el taxi.

—Pero el taxi va a costarte un dineral, cariño. —No era característico de Eva, reflexionó él, preocuparse por sus gastos—. Más vale que suba contigo.

—Que no. Lord Ottercove me ha citado *a mí*.

—Pero *a mí* también me gustaría verle.

—Pero él no ha pedido verte.

—Pero a lo mejor le gustaría, si me conociera.

—No te conoce.

—Lo haría si subo contigo.

¡Qué difíciles le ponía las cosas siempre!

Siguieron discutiendo ante el portal del alto edificio de Fleet Street, cuyo letrero luminoso, que se elevaba por encima del tejado, anunciaba en palabras flamígeras *Daily Runner*, mientras el taxímetro marcaba el paso de los eones y los eones iban sumando peniques. Desde la acera, contempló la construcción enorme e inescrutable y pensó que, en alguno de sus rincones más secretos, el gran lord Ottercove,

inmóvil como una araña, lo estaría esperando en el vestíbulo, mientras la manecilla negra del reloj se acercaba a la hora fijada para la entrevista.

Tras dejar a Eva en el taxi, se alejó con una premura poco natural, a paso hartamente confiado, para enfrentarse a un conserje con galones que escuchó con ligera pero genuina sorpresa la noticia de que el visitante tenía una cita con su señoría. Celoso como san Pedro del acceso a Dios, el portero le dio un formulario que debía rellenar con información biográfica y del carácter general de la visita: dicho formulario lo precedería hasta el destino deseado. El solicitante, mientras tanto, debía esperar a que se ratificara la exaltada entrevista. Una vez obtenida la confirmación, el fiel portero confió al joven visitante a un ascensorista, que, tras llevarlo varias plantas arriba, lo transfirió a otro camarada, que, finalmente, lo llevó hasta un tercero. Cada uno de los ascensoristas a los que se confiaba su persona parecía más exclusivo y tenía modales más solemnes y al mismo tiempo más deferentes que su predecesor: la marca de quien habita en las alturas, inmune a los asuntos de los simples mortales. Subían y subían, cada vez más alto, hasta que las puertas del ascensor volvieron a abrirse y él pasó a manos de un botones que, evidentemente, se hallaba muy lejos de la raza de insignes ascensoristas. Este le pidió que lo acompañara unos pocos escalones arriba —la última escalera dorada hacia el cielo—, hasta un descansillo donde lo desembarazó de su burdo abrigo, lo invitó a subir otros tres peldaños alfombrados y, solicitándole que esperara, llamó reverentemente a la puerta. Pero la abrió antes de que el visitante, que se estaba arreglando los puños de la camisa y la corbata, se hallara listo para dar un paso al frente, de manera que el pobre, como el policía que echa a correr tras un criminal en una película americana, acabó entrando en la estancia de un salto. El botones cerró la puerta a sus espaldas.

En un vasto espacio radiante amarillo y azul, una figura de talla mediana, con un traje azul oscuro y un mechón de cabello que le caía sobre la frente, se hallaba sentada a una mesa octogonal rodeada de sillas. El hombre se levantó de inmediato, le estrechó la mano, lo miró fijamente con sus penetrantes ojos grises y, con una sonrisa que

revelaba unos dientes blancos y afables, volvió a sentarse a la mesa octogonal e invitó al visitante a hacer lo propio sin prestarle más atención.

El visitante se quedó sentado, incómodo y en silencio, estudiando lentamente su entorno, y lord Ottercove prosiguió con sus tareas, revisando a toda velocidad la pequeña pila de papeles que tenía delante y dándole instrucciones a una secretaria de modales reservadamente serios cuyo tono de voz manifestaba tanto un profundo respeto como la concentración que ponía en lo que hacía. De cuando en cuando, lord Ottercove levantaba el auricular y decía: «Póngame con el primer ministro», o: «Póngame con el duque de Liverpool», y, por increíble que pareciera, el primer ministro o el duque de Liverpool comenzaban a hablar; y no precisamente desde Liverpool.

—Hola, Fred —dijo lord Ottercove—. Ah, ¡conque muy bien y haciendo de las tuyas! ¿Cómo? No, estoy aburridísimo. Tengo un *hobby* nuevo. Caballos de carreras. ¿Cómo? Coméntamelo antes de empezar. Adiós.

El visitante tenía la sensación de estar compartiendo las múltiples actividades e intereses de lord Ottercove, y cuando este último sonreía —sus ojos eran grises y estaban llenos de picardía—, él no podía evitar esbozar una sonrisa involuntaria. Pero lord Ottercove seguía sin prestarle atención.

Y ahora esos ojos examinaban unas hojas mecanografiadas. Su boca se abrió.

—*Pálidas primaveras*, por Frank Dickin —dijo, y miró al visitante—. ¿Algo más? —le preguntó a la secretaria.

—Sus gafas.

Estiró la mano para cogerlas.

—Buenas noches.

Y mientras ella recogía sus papeles, lord Ottercove se echó hacia atrás: la aparente preocupación había desaparecido y en su lugar había una sonrisa.

—Bueno, tenía mucho interés en conocerle, señor Dickin —dijo, cuando se retiró la secretaria—. El editor de uno de mis periódicos me

ha enviado el comienzo de un folletín que usted le ha propuesto con una sinopsis del argumento, y me tiene muy intrigado por razones que nunca adivinaría. Su nombre, si me permite decirlo, no me sonaba de nada. Frank Dickin no me decía gran cosa por sí solo, ¿entiende?

—Frank Septimus Dickin.

—¿Lo prefiere así?

—Para redimir, supongo, la llaneza de Dickin.

—Por supuesto, Dickin no es Dickens. —Su señoría sonrió con indulgencia.

—No, por supuesto que no.

—Por supuesto. Aun así, lo que me llamó la atención, y por eso lo he citado aquí, es la gente de su libro. Tan real... Me dio la impresión de que los conocía.

—Bueno, intento darles vida. Creo que parte de la responsabilidad del novelista...

—No me refiero a eso. Creo que conozco a la familia que usted describe. O, mejor dicho, a sus conocidos y amigos. Es una gran coincidencia, en cualquier caso, en cuanto a los nombres.

En ese punto Dickin sonrió.

—¿De manera que son «calcos» de gente real?

—Bueno, sí, debo confesar que en gran medida lo son.

—¿Me ha traído la continuación que le pedía en mi carta? Si es así, la leeré esta misma noche.

—Me temo que es un borrador muy embrollado. No creo que le resulte cómodo leerlo.

—Bueno, pues léamelo usted.

—Pero es largo...

—¡Lea! Ya le diré cuándo parar.

Lord Ottercove pulsó un botón. El botones apareció en la puerta.

—Que nadie me moleste durante las próximas dos horas. No los deje entrar, ¿me oye?, y cierre la puerta al salir!

—Sí, señor.

Para los capitanes de la industria, según se dice, el tiempo es dinero. Pero los generales de la prensa son artistas que expresan su

sensibilidad por medio de los negocios. Han escalado hasta alturas que se hallan más allá del tiempo, la avaricia y la avaricia de tiempo, para alcanzar incluso en este mundo una condición de inmortalidad inmanente. Lord Ottercove acababa de expresar el deseo de que lo aliviaran del fragor y las cargas del día. ¿Y de qué le sirve a un hombre su riqueza si no puede satisfacer sus propios impulsos? Estaba interesado, contento; las horas que dedicaba a su visitante eran valiosas para él. Eso era todo.

—Acérquese y siéntese aquí, señor Dickin. Le dará mejor la luz.

Dickin se dejó caer en un sillón de aspecto delicado, y cayó hasta el fondo. Se levantó de un respingo con cara de alguien que está a punto de recibir una paliza, pero lord Ottercove, sin preocuparse en absoluto por el sillón, se limitó a preguntar:

—¿Se ha hecho daño?

—Al contrario...

—¿Cómo que al contrario?

—Al contrario, no me he hecho daño.

—¡Gracias a Dios!

—Pero le he hecho daño al sillón.

—¡En absoluto! Tome asiento en esta silla y léame el manuscrito. ¡Venga!

—Es difícil relatar estas cosas en la secuencia adecuada. Algunas destacan, otras se desvanecen... Todo se reduce a eso.

—¿Lo dice ahora o está leyendo? —preguntó lord Ottercove.

—Lo estoy leyendo. Recuerdo una apática Nochebuena en el Tirol. Yo estaba dando un paseo solitario por las calles invernales de Innsbruck, melancólico y sumido en mis recuerdos, cuando un pequeño grupo de gente salió de una tienda discutiendo sobre sus planes inmediatos en ruso. Yo había aprendido bastante ruso cuando caí prisionero durante la guerra, pues nos internaron con oficiales rusos, y lo había perfeccionado más tarde durante nuestra desastrosa misión diplomática en Arcángel, que me dejó sus correspondientes recuerdos, como suele suceder. ¿Acaso la nieve invocaba nieves pasadas? Se derretía, y los escaparates de las tiendas que relucían en el ocaso

invernal me inspiraban una ligera nostalgia. ¿El recuerdo invocaba al recuerdo? Me acerqué a los rusos y, después de una breve disculpa, les conté lo mucho que disfrutaba escuchando de nuevo mi querido idioma. En Londres me habrían convocado a la mañana siguiente en la comisaría de Marlborough Street con una multa de cinco libras por «molestar a las damas en la calle». En Nueva York me hubieran metido directamente en la cárcel por intento de violación. Pero las damas rusas sonrieron con visible placer y expectación, y, conversando con entusiasmo, pusimos rumbo al café Maria-Theresien, donde intercambiamos experiencias y llamamos la atención de todo el mundo con nuestras prolijas reminiscencias. Una de las damas —la rubia, pequeña y atractiva, que desbordaba excitación— se había casado con un irlandés, un tal Kerr al que había conocido en Rusia antes de la guerra: hasta hacía poco poseían un castillo en Meran, pero... Culpó a la Revolución, a la guerra, a la anexión italiana del Tirol del Sur y, en fin, al estilo de vida excesivo y despreocupado... Habían incurrido en deudas. A la hora de saldarlas, habían perdido los castillos. Pero tenía hijos. Cuatro: dos muchachos y dos muchachas. Zita era la mayor de las chicas. Tenía dieciséis años. Y, me di cuenta enseguida, era asombrosamente guapa, de un modo deslumbrante y delicado. La más pequeña, Eva, estaba en un internado de Inglaterra. Y aquel pequeñín era John, ¡que la volvía loca! ¡Nunca se quedaba quieto! En efecto, el niño ya empezaba a toquetear la cadena de mi reloj. Pero ella tenía otro hijo, el mayor de los cuatro, que había heredado sus ojos y la quería muchísimo. Raymond, ¡el preferido! Estaba en Inglaterra. Ojalá hubiera ido a Cambridge o a Oxford. Por desgracia, no había sido posible. Ahora trabajaba en el gremio automotor. No era lo ideal para él. En el fondo era un poeta, un melancólico, un meditabundo interesado en la vida de los pájaros. Pero ¡vaya si era apuesto! Raymond y Eva eran los más guapos de la familia, dignos hijos de su madre. Habían heredado sus ojos. John sí que estaba hecho para el gremio automotor. En cuanto veía un volante o un pedazo de cable, tenía que ir y tocarlo.

»La otra dama, de aspecto moreno y apasionado, si bien cohibida por la locuacidad de la señora Kerr, también era rusa, pero se había

casado con un conductor de tranvías austríaco. Me contó su historia. Hija de terratenientes, al igual que la señora Kerr conoció a su marido cuando él era prisionero de guerra en Rusia y ella enfermera de la Cruz Roja. Amor a primera vista. Se casó con él y lo ayudó a escapar, todo muy romántico. Él le había dicho que era ingeniero y a saber qué más. Llegan a su tierra natal, Innsbruck, y retoma su oficio de conductor de tranvías. Y todo el mundo lo considera un memo por haber vuelto con una esposa rusa y antipática, y él parece arrepentirse del matrimonio, y a ella le molesta la profesión de él y tiene que empeñar la poca platería que consiguió sacar de Rusia, y él le es infiel y la trata fatal y ella le pide el divorcio porque lo detesta. Y aun así siente curiosidad por sus actividades y continúa usando el nombre de Frau König y trabaja en un fábrica textil y está por establecerse por cuenta propia, aunque para ello necesitaría que alguien le adelantara un capital. “Pero no puedo —le dice inmediatamente la señora Kerr—. Mi marido no está en condiciones de darme nada. Tenías muchas esperanzas de que me enviaran dinero de Rusia, pero mi madre me escribió diciendo que es imposible. Prácticamente se están muriendo de hambre. La vida es muy dura para los que salimos de Rusia. Y nuestro castillo de Meran... Es culpa de esta espantosa Revolución...”

»¡Ah, los viejos tiempos de Rusia! ¿Conocía yo a su padre, el terrateniente Pavel Yakovlevich Sabolenko? ¿No? Y sin embargo todo el que iba a Rusia lo conocía. Era dueño de minas, ferrocarriles, y a saber qué cosas más. Todos lo conocían. Bastaba con mencionar el nombre Pavel Yakovlevich Sabolenko para que contestaran: “¿Sabolenko? ¿Pavel Yakovlevich? ¡Pero claro!”. Y ahora, según decía, no podía mandarle ni un penique. ¡Qué vergüenza! Pero, desde luego, había habido una revolución. Su padre había sido capturado por sus campesinos (para los que había sido un padre toda su vida; incluso lo llamaban “padrecito”), y estaban llevándolo al bosque para colgarlo cuando se distrajeron con un avión que pasaba y se olvidaron de él. Pero en el camino de vuelta, por si acaso, capturaron a la madre, y estaban a punto de descoyuntarla cuando el padre se interpuso y

gritó: “¡De qué sirve perder el tiempo con una vieja bruja como esta! ¡Viva la Revolución!”. Y todos gritaron: “Oíd, oíd, ¡viva la Revolución!”, y lo eligieron presidente del Centro Revolucionario Local, cargo que ocupaba hasta la fecha. Pero lo cierto es que uno no podía fiarse de gente así de tornadiza: aun con las mejores intenciones, no estaban muy convencidos de sus postulados intelectuales. El padre era un genio, por supuesto. Tenía diplomas de ocho universidades distintas y había escrito un tratado filosófico, una especie de puente entre Platón y Schopenhauer, y últimamente había fortalecido su postura de cara a los soviets mediante una obra sobre el socialismo titulada *Allende Lenin*. Además, se lo consideraba una autoridad en matemáticas. “Le cuento todo esto porque usted es escritor. A lo mejor le sirve para uno de sus libros. Nosotros los Sabolenko somos una familia muy interesante, muy original. Uno de mis hermanos se pegó un tiro; otro se ahogó...”

—Disculpe —interrumpió lord Ottercove—. ¿Le gustaría tomar un trago antes de continuar?

—Muchas gracias.

—¿Qué le apetece?

—Vino, vino blanco.

—¿No prefiere champán?

—Sí, gracias, tomaré champán. Me encanta.

Lord Ottercove tocó un timbre especial. Un camarero emergió del suelo.

—Traígame la carta de vinos.

El camarero regresó con un enorme álbum encuadernado en piel de cocodrilo.

—Veo que observa la encuadernación —dijo el anfitrión—. Es la piel de un cocodrilo que maté yo mismo en el Nilo. —Dicho eso pidió media botella del año 1895—. Según los historiadores, una cosecha magnífica.

Dickin dio un trago de su copa de champán y, como a Eva le encantaba, recordó que ella seguía esperándolo en el taxi. Pero la amplia habitación de cortinas cerradas y radiadores eléctricos era muy

agradable; y el efecto del champán empezaba a alejar toda preocupación. Ojalá Eva estuviera cómoda en el taxi.

—Bueno, siga —dijo lord Ottercove.

—Al despedirnos quedamos en pasar la Nochebuena juntos en las habitaciones de Frau König. Ellas ya habían quedado antes de conocerme. Llegué poco antes de medianoche, lleno de provisiones. El árbol estaba encendido, y John toqueteaba todo lo que merecía toquetearse, mientras que Zita, vestida de blanco, ofrecía un aspecto muy seductor. Me quedé maravillado ante su joven figura. Aún hoy me maravillo al recordarla. La sala estaba caldeada. Esto, añadido al efecto de las velas encendidas, hacía que resultase acogedora. La señora Kerr, muy parlanchina, no dejaba meter baza a la pobre Frau König.

»—¡Qué bonito! —exclamé—. Una verdadera Navidad rusa.

»—¡Es lo que yo quería! —replicó la señora Kerr—. Sabía que a Frau König le gustaría pasar la Nochebuena entre sus compatriotas rusos. Y a usted también lo consideramos uno de los nuestros.

»—De hecho, allí pasé mi infancia. Mi padre fue secretario de la embajada británica en Petersburgo, y mis primeros recuerdos se remontan a Rusia.

»—¡Pues ya ve! Sabía que Frau König apreciaría una Nochebuena rusa. Así que le dije: “Tamara Leonidovna, usted tiene una habitación más grande que la mía; invítenos a cenar y pasemos la Nochebuena juntas”. Y hasta se nos ocurrió escribir un cuento: “Una joven morena, Tamara Leonidovna, invitó a una... joven (no soy vieja, ¿no?) a compartir su árbol de Navidad. Cuando ya estaban juntas, apareció en la ventana un tercer invitado: la luna”.

»Y, en efecto, la luna asomaba por encima de los pinos altos del bosque.

»—Divino —dije.

»—¿Cuánto nos darían por él?

»—¿A qué se refiere?

»—A cuántos dólares nos pagaría una revista americana.

»—Bueno, no lo sé... Todo depende, claro...

»—¿Y en Inglaterra? ¿Cuántas libras?

»Aunque soy la persona menos propensa a generalizar sobre el carácter nacional, había algo perpetuamente irresponsable en la naturaleza de la señora Kerr. Había participado en un concurso para predecir el resultado de las elecciones generales de Inglaterra dotado con un premio de £1000 un martes y había organizado unas vacaciones a partir del sábado siguiente contando con el dinero que esperaba ganar.

—¡Ja! —rio lord Ottercove—. Increíble, ¿no?

Dickin, animado, prosiguió sin leer el manuscrito:

—¡Menudo destino el de aquella gente! Habían vivido épocas de opulencia en lugares idílicos con el trasfondo familiar de la vida rusa y luego habían quedado varados en un país extranjero que los miraba con recelo y los ignoraba.

¿Estaba el champán soltándole la lengua, o era el desacuerdo que detectaba en la mirada de su oyente? Lo cierto es que se dejó llevar:

—Son demasiado viejos para aclimatarse, demasiado perezosos para empezar de nuevo. Han llegado aquí a rastras y, en este momento decisivo del destino humano, echan sus cadáveres vivientes a la marea de la vida.

—¡Bueno, bueno! —exclamó lord Ottercove. Pero Dickin, aturcido por el vino, siguió en sus trece. Su corazón rebosaba de amor por la humanidad.

—Crean estar soñando. De la noche a la mañana, desaparecieron las cosas en las que basaban sus valores. Oyen el alboroto, pero son incapaces de comprender su significado. Ya no pertenecen al pasado: el pasado se ha esfumado bajo sus pies, y su historia aún no existe. Tampoco pertenecen al presente: no lo conocen, y él no los conoce a ellos. Están callados, solos. Están vivos, pero la sombra de la muerte los acecha. Son almas muertas en las que apenas pervive un resplandor...

Al escucharlo, lord Ottercove no supo dilucidar si aquella extraña nota emotiva era poesía y, en tal caso, si era de la buena o de la mala. Dickin, consciente del desconcierto, sintió la necesidad de poner una excusa:

—Un comienzo —dijo— a la manera de Guy de Maupassant en su vena sentimental. —Tenía la sensación de que, en el hermético compartimento de su persona, se había colado el aire de la emoción, y retrocedió ante esa contaminación de sentimentalismo—. Veo que lo aburro.

—En absoluto, amigo mío. No imagina lo mucho que me interesa este asunto... Por diversas razones, de las que le hablaré enseguida.

—Seguiré leyendo.

—Lo que sea más rápido y preciso.

—Tengo que leerlo todo. No es nada sin la atmósfera.

—Comprendo lo de la atmósfera. Como mejor le parezca.

—Las dos mujeres compitieron por mostrarme sus fotografías. Frau König me condujo a escondidas a su pequeño dormitorio (el árbol de Navidad se hallaba en la cocina) para mostrarme las fotografías de su padre, de su madre, de ella misma y de su hermano, e incluso del conductor de tranvía. Un hombre de mentón prominente con bigote. Pero cuando volvimos a la cocina la señora Kerr no quiso dejarme ir. Llevaba consigo todas sus fotografías: al gran genio de su padre, a su madre, al hermano que se había disparado y al que se había ahogado. «Y este es mi marido.»

»El señor Kerr me miró con circunspección desde la fotografía que tenía en la mano.

»—Un hombre apuesto, pero con muy mal carácter, difícilísimo. Se distanció de su familia de Irlanda porque no se llevaban bien y luego compró el castillo de Meran y ya nunca quiso regresar. Incluso ahora el pobre intenta salvar las apariencias: no come nada en todo el día, pero por la noche cena con un viejo amigo suyo, un *Rittmeister*, en el restaurante de la estación.

»—Papá va siempre de punta en blanco —dijo Zita.

»—¿De manera que sigue aquí?

»—Sí, claro. Se niega a volver a Irlanda mientras viva su padre, y adora a los austríacos.

»—A papá no se le dan bien los idiomas—me explicó Zita—. Lleva la mitad de su vida viviendo aquí y no habla ni una palabra de alemán.

»—¡Claro que habla alemán! —interrumpió la señora Kerr—. Siempre habla en alemán con el *Rittmeister*. Anoche mismo le oí.

»—Mamá, ¡es incapaz de hacerlo ni de casualidad! Cuando pide tres tazas de café levanta tres dedos y dice: “*Zwei*”. Y en Viena, cuando quiso enseñarnos el ayuntamiento, paró a un hombre por la calle y le preguntó por “la yunta de amianto”.

»—¡No!

»—¡Sí!

»—Aun así, tu padre es un buen hombre, y si no hubiera sido por su mal carácter nunca me habría divorciado de él. Pero tenía la mala costumbre de arrojarme cosas: un florero, un candelabro, una gran jarra de agua... Pasaba noches enteras escondida en el jardín. ¡Y él se ponía loco de celos! —Sonrió con picardía—. Motivos no le faltaban, quizá.

»—Y esta, que me olvidé de mostrarle —dijo Frau König—, es la foto de mi prometido.

»—Frau König —explicó la señora Kerr— está comprometida con un joven intelectual encantador. Un estudiante ruso que vive en París.

»—¿Un joven?

»—¿Qué edad tiene, Tamara Leonidovna?

»—Treinta y ocho o treinta y nueve. Esta es una foto antigua. Se la hicieron hace unos veinte años, cuando ingresó en la Universidad de Tiflis.

»—¿Y a qué se dedica?

»—Asiste a unos cursos en la Facultad de Filosofía de la Universidad de París. Después, llegado el momento, abrirá una fábrica.

»—¿Qué tipo de fábrica?

»—Una fábrica textil. La dirigiremos juntos. Actualmente, mientras estudia en la universidad, da clases de taquigrafía en París, y ahorra lo que gana para la fábrica.

»—Un joven muy activo y sensato —comentó la señora Kerr—. Te felicito de todo corazón, Tamara Leonidovna.

»—Gracias, Vera Pavlovna, estoy muy feliz y orgullosa...

»—Ay, pero si no le he mostrado la fotografía de nuestro castillo —cortó la señora Kerr—, nuestro *Schloss* —suspiró— de Meran.

»—¡Oh, un castillo antiguo precioso!

»—Allí nacieron mis cuatro hijos. Raymond y Zita en la planta alta; Eva y John en la habitación que está junto a la terraza. Me cambié de habitación para poder huir más rápidamente al jardín. Aunque, cuando se calmaba, mi marido era el hombre más amable del mundo. Este era mi salón, con mobiliario japonés. Pero vinieron y se llevaron todo, todo... —Las lágrimas rodaron por sus mejillas—. Como en *El huerto de los cerezos*.

»—Pero ¿cómo? No lo entiendo. Su marido es un súbdito británico, ¿no? La anexión italiana del Tirol del Sur no afectaría su propiedad.

»La señora Kerr asintió aprisa con la cabeza y dijo:

»—Deudas... ¡Con la vida que llevábamos! Caballos y automóviles. Juergas. Nuestras fiestas opacaban las de los grandes duques. No reparábamos en gastos. Mi marido... Bueno, así son los irlandeses, carecen de sentido común..., ¡un irresponsable! Y ahora pagamos las consecuencias. —Miró a Zita pensativamente y continuó—: Sí, esta Revolución nos ha hecho mucho daño. Ha causado sufrimientos indecibles a los rusos de las clases cultas e intelectuales. ¡Pero bebamos por la esperanza y por un nuevo y resplandeciente amanecer!

»Volvimos a llenar los vasos de coñac. Todo parecía posible en aquel instante.

»—¡Por la fábrica! —grité—. ¡Y por el futuro y por un castillo aún más grande y estupendo!

»—¡Ya lo creo! —exclamó la señora Kerr—. Nos recompensarán por estos sufrimientos. Se dice hasta en la Biblia: “Los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos”.